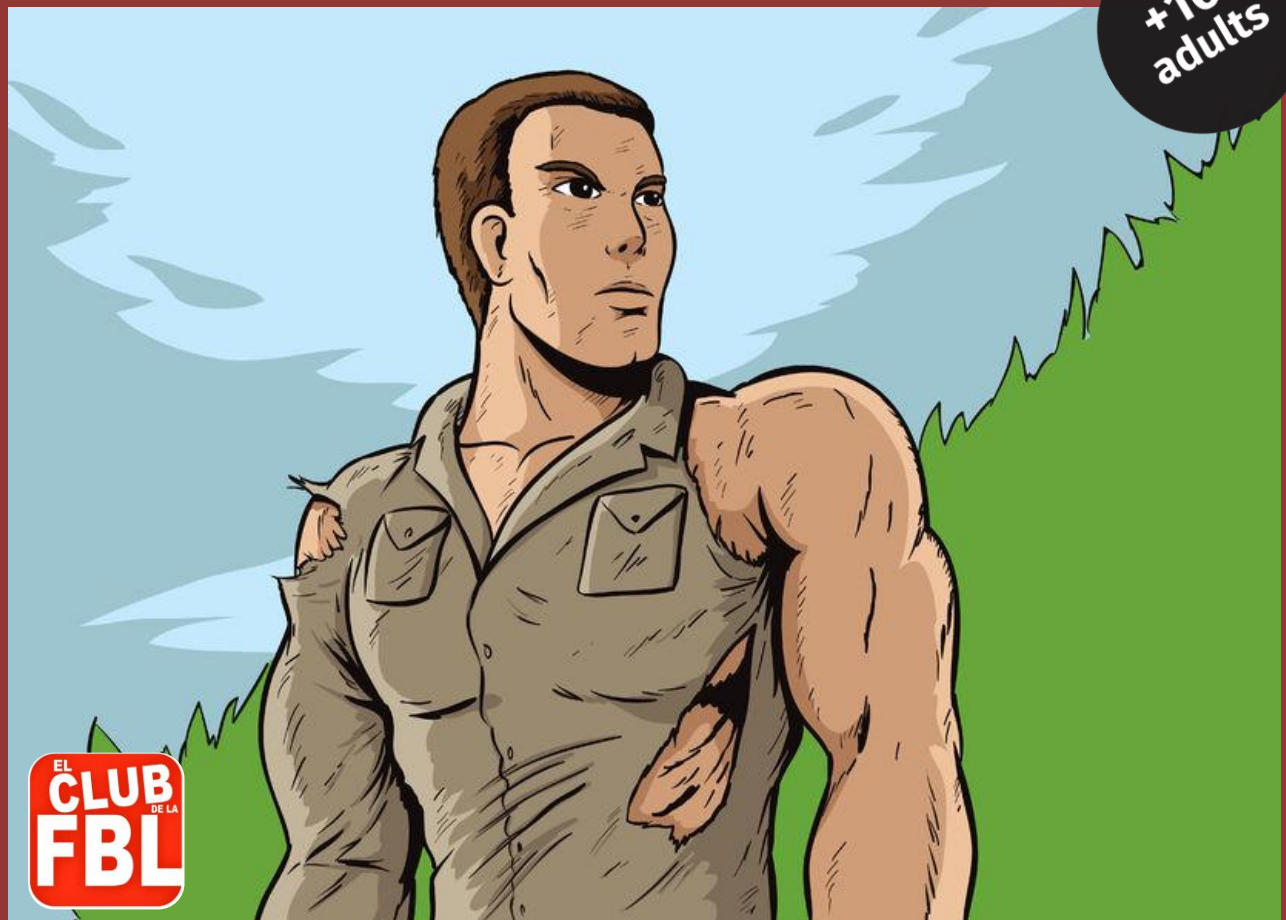


FRANCISCO MORENO Caballero

+16
adults

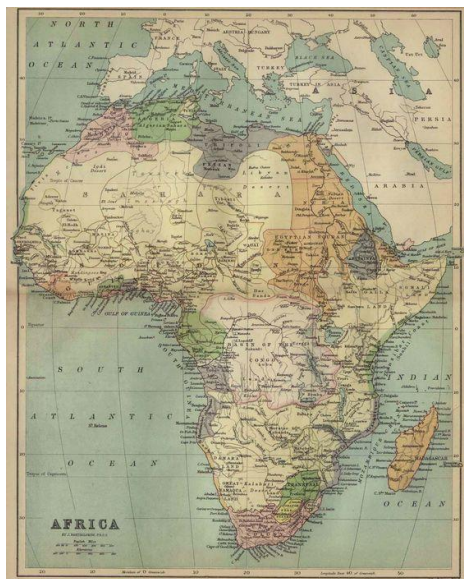


LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN ALICIO CORTADO

Cuaderno n°

1

1



Un inmenso y arenoso desierto, cincuenta grados a la sombra, un Jeep averiado y un hombre solitario y sudoroso hurgando entre las mecánicas tripas del vehículo. Era el verano del año 1955. Pero para entender totalmente la situación, para poner en su justo contexto la historia, hemos de decir que nuestro perdido protagonista no se trataba de un hombre corriente, ni tan siquiera de uno medianamente notable, sino del extraordinario Capitán Alicia Cortado.

La avería era pequeña, pero imposible de reparar sin las piezas necesarias. Además, en el supuesto caso de que la rotura se pudiese salvar, solamente tenía gasolina para recorrer como mucho cuarenta kilómetros, y el poblado civilizado más cercano se encontraba a no menos de ciento cincuenta. Pero eso no era lo más preocupante. Al menos quince hombres armados habían salido en su caza. Bien es cierto que ya había matado a tres de ellos, pero el resto de la escuadrilla no pararía hasta acabar con su vida. El nombre de Alicia –dicen algunos–, que se lo otorgaron sus progenitores porque, esperando durante todo el embarazo de la madre a una hermosa niña, vieron venir al mundo sin embargo a un robusto varón, al cual impusieron el inexistente nombre masculinizado de Alicia, nombre con el que tenían decidido bautizar a su deseada hija. Él sin embargo, y también muchos de sus seguidores, afirmaban por el contrario que dicho nombre provenía de los vientos Alisios, vientos que soplan de manera relativamente constante en verano circulando entre los trópicos, desde los 30–35° de latitud hacia el ecuador. Una trascripción no demasiado afortunada condujo a que se le inscribiese como Alicia en vez de Alisio con el que su abuelo materno, intrépido aventurero como él, habría decidido bautizarle. El epíteto de Capitán con el que siempre se presentaba era sin embargo del todo desentrañable, porque nunca se le conoció condición militar alguna, aunque algunos de sus biógrafos, fundamentalmente parroquianos de taberna más que cultos hombres de letras, relatan un episodio según el cual estuvo durante algún tiempo colaborando con la *Légion Étrangère*, cuyos hombres, a los que guió y adiestró en una misión, le habrían otorgado tal rango de manera extraoficial.

Pero ahora lo más urgente era la avería. Uno de los manguitos de gasolina, sencillamente no existía. Se había desprendido y hecho añicos entre el eje y los

discos de la rueda delantera. La verdad es que todos los manguitos del motor estaban desgastados, se desbarataban casi al tocarlos. El resto del todoterreno no estaba en mejor estado. Carrocería totalmente corroída, asientos en vivo esqueleto, ventanas y puertas atrancadas y ruedas más lisas que la piel de un ballenato. Pero ahora el problema era el maldito manguito. Se trataba de un tubito de apenas unos centímetros pero que sin su concurso hacía del vehículo solamente un montón de chatarra inmóvil. Pero Alicio no se daba por vencido. Si había que poner el coche en marcha lo haría. No sabía ahora como, pero sabía que lo haría, como siempre. Por muy adversas que fuesen las circunstancias siempre al final se las arreglaba para salir triunfante de ellas. Y no siempre por su empeño y pericia. Muchas veces el azar, el destino, la suerte, le sacaba repetida y milagrosamente de cualquier apuro en el que se veía envuelto. Su extrema suerte era a veces hasta irritante para él, no le cuadraba como podía disfrutar siempre de tan buena fortuna. No era una buena suerte que le hiciese ganar a la lotería o conocer a la mujer de sus sueños, o simplemente hacerle vivir mejor, era una suerte que lo ponía en situaciones de desesperante peligro para luego salvarlo casi como por arte de magia. Parecía que al destino le gustaba jugar con su persona, haciéndole vivir situaciones que rayaban lo inverosímil, pero siempre ofreciéndole otra aún más asombrosa solución. Al menos eso lo mantenía vivo.

Alicio se puso manos a la obra. Cortó un pedazo de la baca del Jeep cuya estructura metálica tubular le ayudó a fabricar un conducto que transportase el inflamable líquido desde la bomba de gasolina hacia el motor. Cortar la pieza con la exigua ayuda de una lima, doblar el tubo metálico haciendo palanca contra el parachoques y posteriormente ajustar la abertura de extremos con un martillo y unos tornillos sueltos que pululaban errantes por dentro el vehículo desde hacia kilómetros no fue fácil, pero lo bien cierto es que pocas horas después marchaba en su Jeep sobre la arena, en contra del cortante viento. ¡La suerte de Alicio! – gritó en alto, como siempre hacia cuando conseguía zafarse milagrosamente de cualquier percance.

Sus perseguidores a caballo no le podrían alcanzar al menos hasta que se le acabase el combustible. Luego ya pensaría en algo. Pero de pronto empezó a percibir desde atrás un agudo zumbido como el de una avispa, que le hizo salir de sus pensamientos. No quería insectos, ni escorpiones ni serpientes. Siempre miraba dentro de sus botas cada mañana antes de ponérselas. Y aunque nunca se había encontrado un bicho de estos, siempre lo hacía por si acaso. Pero dicho zumbido fue cambiando paulatinamente su cariz entomológico para tornarse, en pocos minutos, en un atronador ronroneo mecánico, altivo y aéreo proveniente del motor de un antiguo Fiat biplano C.R.42 *Falco* que en vuelo rasante se dirigía rápidamente hacia él.

–Ostia, ostia, ostia. –Resumió en tres palabras el inesperado e improbable hecho de que sus perseguidores contaran con medios aéreos para su búsqueda y que al final le habían llegado a localizar– Puede que no sean mis enemigos– pensó por unos segundos, hasta que una sibilante ráfaga de ametralladora le hizo exclamar de nuevo– Ostia, ostia, ostia, ostia.

Las balas pasaron rozando uno de los costados del Jeep, y tras ellas el aeroplano a no más de diez metros sobre el suelo, alejándose rápidamente hacia el horizonte y proyectando fantasmagóricamente su sombra sobre la brillante arena.

Pero como suponía la aeronave viró de nuevo, dirigiéndose en esta ocasión de frente hacia el vehículo. Alicio aceleró en dirección al avión. Cualquiera hubiese elegido otra ruta, alejándose instintivamente en cualquier sentido contrario al de la trayectoria del aparato, pero el capitán sabía que las velocidades de ambos vehículos, si se dirigían el uno hacia el otro, se sumaban, haciendo que la ventana de disparo del *Falco* se redujese y aumentando por tanto su posibilidad de fallo.

Y así sucedió, la andanada fue realizada con demasiada precipitación, de forma que las balas alcanzaron el suelo treinta metros por delante del Jeep. El biplano volvió a girar, pero esta vez se alejó mucho más antes de efectuar el viraje a fin de tener más tiempo para estabilizar la nave y trazar una ruta de intercepción precisa. Pero el Jeep hizo lo propio, girando en redondo, y haciendo que ambos vehículos se enfrentasen de nuevo. Más esta vez, y en desigual duelo, el vehículo terrestre fue alcanzado de pleno por una potente ráfaga de ametralladora, haciendo que se encabritara, y tras efectuar varias vueltas de campana, explotara agotando toda su energía en una gran llamarada.

El piloto del *Falco* sobrevoló el vehículo en llamas, mientras giraba su vista tras superarlo para comprobar su blanco, pero en ese preciso instante, cuando estaba disfrutando mentalmente de su éxito, una expeditiva bala lanzada desde tierra atravesó sonoramente su casco y su cráneo, haciendo que la sangre y parte los sesos del aeronauta salpicaran el parabrisas del avión, que cayó en barrena unos cientos de metros más allá.

En efecto, Alicio saltó del Jeep que dejó en marcha unos metros antes del encuentro con la nave, atrancando el pedal del acelerador con la caja de herramientas, para luego cargar su fusil Mauser Kar 98k, y mediante un certero disparo, que solo uno de cada diez mil tiradores podría realizar con éxito, alcanzar al malogrado piloto. No estaba mal, cuatro a cero, su Jeep destrozado y un avión derribado y a punto de explotar como su única posible fuente de provisiones, ochocientos metros más adelante.

Esta nueva aventura comenzó en realidad hacía tres semanas. Alicia esperaba a Montse y al señor Inocencio en el Quiosco de la Cazalla, un peculiar quiosco bar situado en plenas ramblas de Barcelona. En dicho local, que en realidad era un espacio de pocos metros cuadrados con una ventana a la calle dónde se apiñaban sus clientes, se servía casi en exclusiva el anís cazalla, que reposaba en unos grandes tarros de cristal transparente en los cuales se maceraban además generosos puñados de uvas pasas. El licor se escanciaba en pequeñas copas, añadiendo a cada servicio una de las pasas, que, hinchadas por el licor, concentraban la parte más alcohólica del ya de por sí espirituoso extracto.

Alicia se encontraba degustando una de estas pequeñas bombas etílicas cuando de repente los vio doblar la esquina. Montse era lo que se podría decir su manager, pero también una especie de madre y mentora. Era la típica mujer catalana de cierta edad. Es decir juiciosa, austera, pero locuaz y con carácter y siempre dispuesta a hacerle frente a cualquiera. A pesar de su no muy generosa estatura había sido la vedette principal en la sala Arnau, durante mucho tiempo. Cuando los años pesaron demasiado para poder arrastrarlos con dignidad por encima del escenario se reconvirtió en *madame* regentando una de las más prestigiosas casas de citas de la capital catalana. Pero como toda buena celestina no solamente ofrecía los servicios de sus jóvenes meretrices a los caballeros que frecuentaban su casa, sino que su oferta incluía los más variados menesteres, desde fornidos muchachos, puros de contrabando, licores y desde hacía un tiempo los servicios del Capitán Alicia Cortado. Aunque no era el único a su servicio, Alicia era diferente (y más el caro por supuesto), pues el resto de guardaespaldas no pasaban de simples matones especializados en dar palizas a domicilio. Alicia por su contra era requerido para los encargos más insólitos y peligrosos. Desde robos de obras de arte, misiones en ultramar, rescates, secuestros, infiltraciones y hasta el especialmente recordado caso de un adinerado aristócrata andaluz que pidió que Alicia se desplazase al corazón de África y atrapase para él un león adulto vivo para exhibirlo en el jardín de su villa. Por supuesto lo consiguió robándoselo a un pequeño circo de tercera que se asentaba todas las navidades a dos manzanas de su casa, aunque al cliente le detalló las múltiples peripecias y aventuras que había tenido que vivir en la sabana africana para conseguirlo, pues esa era la historia que quería creer su comprador, historia que luego relataría orgulloso a los invitados a los que enseñase su mascota.

Sus inverosímiles hazañas aumentaban aún más su leyenda y de paso le ayudaban a conseguir unos cuantos miles de pesetas más en cada misión.

Pero allí estaba ahora, terminado de un solo sorbo la copita de cazalla delante de sus dos visitantes. El otro que acompañaba a la señora Montse era Inocencio

Coppi , empresario alicantino de ascendencia italiana dedicado al sector de la importación de madera. Coppi era alto y enjuto, casi cadavérico, con pobladas cejas blancas a la sazón de su cabello que atestiguaban que superaba holgadamente la sesentena de años.

–Le presento al señor Alicia – inició la conversación la *madame*.

–Capitán Alicia por favor – puntualizó nuestro héroe haciendo el amago de cuadrarse al estilo militar, además que cambió en el último momento estrechándole la mano al señor Inocencio.

–Encantado señor Alicia, me han hablado maravillas de usted. Pero mejor si nos sentamos en un sitio tranquilo y así podemos charlar discretamente.

Alicia soltó sin compasión una irritante risotada. – No se entera usted, y perdone que me ría. Si hay un lugar seguro para hablar es la calle. ¿Ha visto usted algún micrófono oculto en la calle? En la calle se oye de todo y se dice de todo y nada de lo que se dice tiene importancia. Si el más sabihondo de los profesores de la Universidad de Barcelona anduviese por la calle soltando una clase magistral, pongamos por ejemplo de anatomía, nadie le haría el mínimo caso. Sin embargo en su cátedra cientos de alumnos absorberían como esponjas sus conocimientos. Además en Barcelona la mayoría de camareros son espías. No espías del gobierno o de los americanos, sino mucho peor, son espías de la guardia urbana, a la que después le venden sus secretos. Así que mejor hablemos aquí.

Hemos de decir que realidad Alicia cuando soltó su perorata sobre los camareros espías solo lo hacía porque pretendía tomarse otro trago de cazalla que suponía no podría servirse, al menos de esa peculiar forma en la que se hacía en ese lugar , en otro bar de mayor alcurnia al que presuntamente querían llevarle sus contertulios

Inocencio arqueó sus cejas mirando de reojo a Montse como queriendo decirle – “A que chiflado me has traído” – pero la mujer se la devolvió como indicándole de que todo estaba bien. Inocencio confiaba siempre en Montse. No en vano le proveía de jóvenes meretrices cada vez que visitaba Barcelona. Además hacía posibles todas sus exigencias. Cuando una muchacha nueva acudía a la casa de citas, Inocencio quería tener el privilegio de ser el primer cliente que la catara. – “Yo pago, pero yo el primero”– solía decir, abonando un plus por tener esa prerrogativa. Por supuesto Montse tenía diez o doce clientes así, y cuando acudía una chica nueva a la casa a todos les decía, cuando acudían a su boîte, que ellos eran los primeros clientes de la casa en adentrarse en el secreto jardín de la dama en cuestión y haciéndoles aflojar en consecuencia alegremente sus carteras.

–No tengo inconveniente si es su deseo, pero preferiría un lugar más retirado. En el restaurante Boga Boga tengo como mi segunda casa aquí en Barcelona y me sentiría más tranquilo allí. Además, habrá que comer.

–Bueno siempre que seamos discretos no tiene que porque haber ningún problema– accedió Alicio de repente, cuando se percató que aparte de charlar iban a invitarle a comer, y además en un local de reconocida fama gastronómica.

Al entrar en el local el que parecía el dueño del negocio los recibió con una reverencia que rayaba el ridículo y que sin duda iba dirigida hacia el señor Inocencio, que a ciencia cierta debía ser uno de sus mejores clientes. Ya sentados en la mesa, Montse se apresuró a pedir por todos dándole incluso indicaciones al camarero de cómo debían de cocinarse los platos que había pedido y que ingredientes debía de sustituir, apostillando en catalán que – “hoy en día ya no se cocina como antes y lo único que quieren los cocineros es acabar pronto”.

–Bueno, señor Alicio – dijo Inocencio iniciando la conversación– he de decirle que han cambiado las condiciones del encargo.

–¿Qué encargo? – Pregunto extrañado el capitán.

–El encargo de traer a mi hija a España.

–Ah...a la misión se refiere, si cuente, cuente.

–En este caso las cosas van a ser más sencillas. Hace dos días apareció mi hija y está ahora custodiada por la policía en Fernando Poo, así que ya no hay que buscarla, simplemente ha de traerla sana y salva hasta aquí.

–Entonces el precio va a aumentar.

–¿Cómo que aumentar? Si precisamente el trabajo va a ser más fácil.

–Por eso. Parte del pago lo constituye el riesgo y la aventura. Cuanto más fácil es el trabajo y más monótono me resulta más tengo que cobrar para compensar el aburrimiento. Si me necesitase, por ejemplo, para traer a su hija desde la estación de Francia hasta aquí, el precio sería astronómico, y si para lo que me contratase fuese para estar quieto en mi casa sin hacer nada la tarifa sería impagable.

–¿Estará de broma no?

–Bueno – interrumpió Montse, pues sabía que Alicio no hablaba en broma, y así lo pensaba ahora, aunque también sabía que media hora después podía pensar todo lo contrario– vayamos a los detalles de la *misión* – prosiguió enfatizando esta última palabra – Tu trabajo consiste en desplazarte hacia Guinea, ir a buscar

a la hija del señor Inocencio que se halla custodiada en la jefatura central de policía de Fernando Poo y traerla sana y salva hasta España.

–¿Y por qué no viene ella sola? Si me contratan a mí, significa que hay alguien o algo que quiere impedir que la chica regrese a casa.

–No es asunto suyo– intervino tajante Inocencio– este es su encargo, o misión, o como lo quiera llamar, usted trae a mi hija y se lleva 50.000 pesetas.

–Lo hago por 40.000 si me dice dónde está la trampa. – contestó el capitán– Una niñera por 50.000 pelas no me cuadra, aquí hay algo más.

–No te pongas en plan borde– gritó Montse elevando el tono de voz– tú haces lo que tengas que hacer y cobras tus honorarios. Que por cierto si los cobras aún me deberás 12.000 pesetas.

–Serán 22.000 porque lo voy a hacer solo por 40 billetes como he dicho, con la condición de que aquí míster estirado me cuente en realidad lo que pasa con su hija.

–¿Usted no es serio verdad?– exclamó Inocencio– Me habían hablado muy bien del Capitán Alicia, pero veo que es un vulgar matasiete. Si no se centra en el encargo voy a buscarme a otro colaborador.

–Yo no soy su colaborador– replicó Alicia– soy alguien que ha decidido ayudarle, y no sé muy bien porque, pues su bigote me parece irritante y si no me cae bien un bigote tampoco me cae bien su propietario. Pero en fin, tengo que liquidar mis deudas – hizo una pausa – y si queda algo luego pagar lo que te debo, Montse – apuntilló haciendo gala de su cargante ironía.

En efecto, en que gastaba su dinero era todo un misterio. Sus tarifas eran elevadas, y siempre cobraba en efectivo, pero pese a vivir en una modesta pensión, y solo tener solo como vicios las cazallas, los puros caliqueños y los trucos de magia, que como afición personal compraba casi semanalmente en la barcelonesa tienda de Mágicus, siempre andaba sin un duro.

–Las instrucciones son simples – dijo Inocencio – usted ha de traer a mi hija hasta aquí, pase lo que pase, y guste o no guste a quien sea. Solo y exclusivamente eso.

–Entonces lo del secuestro ya está solucionado. – clarificó Montse– Su hija fue secuestrada, y nuestra misión era rescatarla de los bandidos, pero la policía ya lo ha hecho, así que solo nos resta cumplir la segunda parte, el traerla a casa. ¿Es así no?

–Sí, así de simple. Traerla quiera o no quiera. El continente africano no es un lugar apropiado para una dama de su posición.

–Por cierto –intervino Alicia – ¿Cómo reconoceré a su hija? ¿Tendrá alguna foto no?

–Solamente tengo esta– dijo Inocencio a la par que abría su abultada cartera– es de cuando tenía 16 años, pero ahora tiene 23. Se la puede quedar, tengo más copias, pero no se preocupe, el comisario Salvador Matoses le espera, él le entregará a Eva.

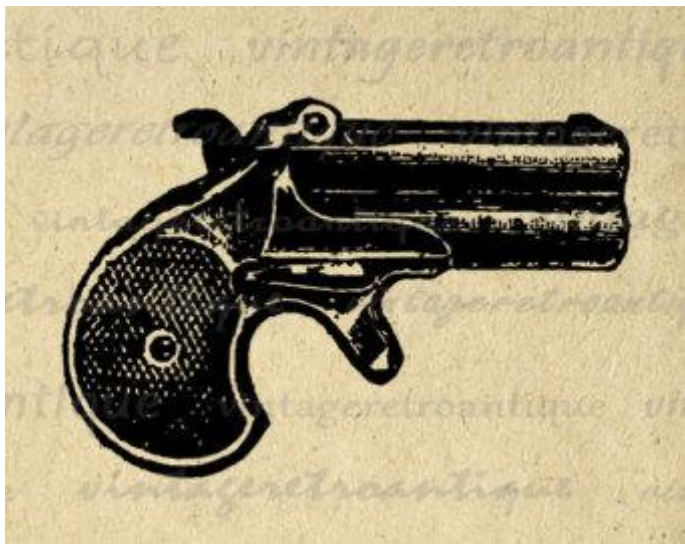
–Así que Eva– dijo Alicia contemplando la foto de la hija de Inocencio. El dicho retrato se veía a una adorable muchacha de tez pálida y largos y ondulados cabellos, vestida como una muñeca de porcelana con una tiara de flores en la cabeza y sentada sobre un columpio, tras un bucólico fondo pintado, típico de los estudios fotográficos de la época, y con la acostumbrada leyenda en el pie que identificaba a dicho gabinete, que en esta ocasión rezaba “Fotos Puentes. Denia”– ¿Y porque secuestraron a Eva?– inquirió el capitán.

–No es cosa tuya. – saltó Montse– Tu vas, la traes y todos contentos, y cobrados – dijo en esta ocasión mirando a Inocencio, mientras hacía el típico gesto del dinero deslizando su pulgar sobre el índice.

–Por supuesto – fue la respuesta del empresario.

Luego vinieron platos, vinos, postres y licores y una nueva misión para Alicia.

2



Alicio preparaba su equipaje. Siempre llevaba dos bultos, una mochila y una maleta metálica. En la mochila guardaba lo que podían considerarse efectos personales, y en la maleta los profesionales. Su equipo básico de trabajo se componía de una pistola ametralladora Astra 904, un modelo

experimental español del que solo se llegaron a fabricar 9 unidades. Basada en la Astra 903, tenía modificaciones en la cadencia de disparo, llegando a las 350 balas por minuto y posibilidad de utilizarla tanto como pistola como ametralladora. Esta era su preferida cuando las cosas se ponían feas. Lo malo es que consumía mucha munición, por lo que la guardaba solamente para cuando tenía que entrar seriamente en acción. La que siempre llevaba encima, era su “joya” otra Astra, esta vez pistola automática, la elegante y exclusiva 1911 del calibre 6,35 mm chapada en oro y con las cachas de nácar. Era una pistola de “etiqueta” solía decir y que siempre mostraba cuando alguien presumía de su reloj de oro, exponiéndola sin ningún pudor bien fuera en un convento o en un bar de alterne, con la lógica sorpresa, y nerviosismo del portador del reloj. Completaba el elenco de armas cortas su Derringer Remington Modelo 95 de dos cañones superpuestos, una pistola de bolsillo, sí, de esas que llevaban ocultas los tahúres en el lejano oeste, pero en su versión más actualizada y con doble cañón. La llamaba su “pequeña” para casos imprevistos. Era la que, por ejemplo, se llevaba normalmente cuando iba a la playa, por su poco peso y facilidad de esconderla en el bañador.

De armas largas poseía dos, que también se llevó en esta ocasión. La oficial, la que soportaba todo el peso de trabajo y otra para su recreo. La primera era un fusil de francotirador Mauser Kar 98k, unos fusiles especiales apartados de las líneas de producción que eran seleccionados durante pruebas de fábrica por ser excepcionalmente precisos, siendo equipados con mira telescópica. Tenían un alcance efectivo de 1000 metros si eran empleados por un francotirador experimentado. La parte romántica la constituía su Winchester Modelo 1895, una reliquia de otros tiempos, que se llevaba solo para entretenerse, pues su tacto forma y peso le parecían a veces casi eróticos.

Quizás era demasiado material para esta misión, pero casi era más práctico llevárselo todo que andar metiendo y sacando cosas de la maleta, que con su equipo al completo quedaba bien llena y asegurada, sin piezas que fuesen sueltas de aquí para allá.

En su carpetilla de documentos llevaba tres pasajes. Uno de ida y dos de vuelta. Completaba el legajo su pasaporte, la foto de Eva que le entregó Inocencio y una carta dirigida al comisario Matoses de parte del Gobernador Civil de Barcelona instándole a entregar la custodia de la dama a Alicia y dando buenas referencias de él. Lo cual era chocante, pues el Gobernador Civil, sencillamente lo odiaba y le mandaba detener de vez en cuando solo para fastidiarlo. Pero el señor Inocencio Coppi debía de pesar mucho – pensó – y ya se sabe cómo funcionaba la administración del régimen, si estabas en el ajo podías tener lo que quisieses.

Alicio embarcó en el buque motor “Dómine” que cubría la ruta Barcelona – Guinea. Estaba alojado en primera clase, junto con otra cincuentena de pasajeros, además de los de segunda y tercera y la tripulación del navío. – El Dómine era un navío confortable, bien decorado a cuyo diseño interior se le ha prestado especial atención, haciendo que fuese una de los más lujosos en buques de su género.

En total casi 200 personas zarparon a bordo del navío. El buque poseía tres cubiertas completas de acero; la segunda, la principal y la superior, y una cubierta baja. Por encima de la cubierta, superior está la cubierta de paseo, cubierta de botes y puente de navegación. En la cubierta principal se hallaba el comedor de primera clase, anexo al hall él cual se comunica, por medio de una escalera, con el salón de música, situado en la cubierta de paseo.

Tras zarpar de Barcelona, y ya en alta mar, se avisó a los pasajeros para la cena. Alicio se dirigió al comedor de primera clase, en dónde le esperaba una solitaria mesa, con una única silla. Tras acomodarlo el camarero le recitó el menú, que hizo acompañar de caro un rioja de Bodegas Bilbaínas. La estancia no era excesivamente grande, pero suficiente para los pasajeros de primera. Destacaba una gran mesa en el centro, ocupada por un numeroso grupo de personas que reían y charlaban animosamente mientras degustaban el aperitivo.

Ya casi en mitad del ágape el camarero situó otra silla enfrente de la de Alicio, que continuó su cena como si nada. Nada le sorprendía, solamente quizás, la falta de sorpresas en su vida y ya iba siendo hora de tener alguna. En efecto una dama de unos cincuenta años que se hallaba en el grupo de la gran mesa central se sentó frente el capitán. Elegantemente ataviada, y agraciada a pesar de sus años y ciertos kilos de más, poseía una mirada viva y penetrante, un cierto espíritu juguetón que no pasó desapercibido para Alicio.

–¿Está solo no? – preguntó la dama.

–Ahora ya no– contestó el capitán.

–Perdone mi atrevimiento – prosiguió la mujer– pero le he visto tan aislado que me he dicho, voy a hacerle compañía, y confidencialmente, también porque ya tenía ganas de librarme de los pelmas de mis yernos– dijo señalando con el pulgar hacia atrás a la mesa que había abandonado.

–Capitán Alicio, para servirle.

–Perdone otra vez, pero no me he presentado. Mi nombre es Eugenia María Fernanda de Arístegui y Lozano, marquesa de...

–Yo una vez conocí a una marquesa. – Interrumpió Alicio – Era una mula de carga de un campesino de Cieza. Tenía la manía de bautizar a sus animales con

títulos nobiliarios. La mula era “Marquesa”, el perro “Conde” y creo que tenía una cabra que era “La Duquesa”.

La dama rompió a reír a carcajada limpia. Una de esas risas que hacen a uno balancearse adelante y atrás y soltar tantas lágrimas como si estuviese pelando cebollas, risa que se prolongó más de un largo minuto. Cuando hubo parado de reír, y secándose las lágrimas con su pañuelo, la marquesa ordenó al camarero que le sirviese una copa de chinchón. – Ya he cenado bastante– le indicó al mesero– me quedo a los postres con el caballero.

–¿No me comparará con una mula?– dijo la marquesa aun entre amagos de carcajeo.

–Por favor, no es mi intención, perdone si lo ha entendido así. No puedo compararla con la mula. La mula era un animal listo y a usted no la conozco.

–Póngame a prueba pues.

–Mire, aquí tengo dos monedas– dijo Alicia sacándoselas del bolsillo– una de plata y otra de cobre. Abra su mano.– La dama abrió la mano enarbolando una sorprendida sonrisa y mientras el capitán depositaba las dos piezas en la misma– Ahora ciérrela. Si me llevo la de plata – prosiguió metiendo sus dedos dentro del puño de la mujer y sacando claramente la de plata. ¿Qué moneda queda en su mano?

–La de cobre, no soy tan bruta.

–Abra la mano.

La dama abrió la mano y sin embargo pudo comprobar que ella tenía la de plata mientras que Alicia realizaba malabarismos con la de cobre entre sus dedos.

–Me ha dejado sorprendida.

–La mula también se sorprendió.

–¿Es usted mago?

–Solo aficionado.

–Lo de capitán pensé que pudiese ser su nombre artístico. ¿Entonces es militar?

– No

–Policía.

– Tampoco.

– Ah, ya sé... ¡Capitán de barco!

– Nada de eso. Soy capitán de mi propio ejército. O de mi propio barco, o de mi propia moto si es que voy en ella.

– Es usted muy raro ¿no?

– Y usted muy locuaz y preguntona. Me gusta.

Eugenia se levantó dando palmas y llamando a sus numerosos compañeros de cena impeliéndoles a que se acercasen a conocer al capitán. Evidentemente estaba bajo los efectos etílicos de las múltiples botellas de vino y licores que guarnecían su amplia mesa, circunstancia que expresaba sin pudor ni recato, haciéndose notar delante de toda la sala, cosa que poco parecía importarles a los camareros, acostumbrados a los desmanes de los pasajeros importantes de primera clase.

Se acercaron seis o siete personas de las quince que disfrutaban de la mesa central hacia el rincón dónde estaba Alicia.

–Les presento al Capitán Alicia. Es Capitán y es mago.

–Aficionado – apostilló –

–Mire–prosiguió la dama– Estas son mis hijas Ana e Isabel, y no ve usted doble por el vino, son gemelas – dijo de tal manera que, por la expresión de fastidio de las muchachas, parecía que siempre recurría a esta broma a la hora de presentarlas, cosa que no les parecía agrandar en absoluto. Ana e Isabel tendrían a lo sumo 20 o 21 años, y poseían la misma viveza en los ojos que su madre, su misma altivez y desparpajo así como su misma e inusual talla de pecho, pero dotadas de los demás encantos juveniles que su madre ya perdió hacía tiempo, lo que, junto con el hecho de ser gemelas, las hacía extraordinariamente fascinantes y atractivas.– Y estos chicos tan guapos son sus prometidos, y mis queridos yernos Rodrigo y Luís– prosiguió con las presentaciones. Los novios de las gemelas eran por el contrario muy dispares. Rodrigo era alto y atlético, con cabellos claros entre castaños y rubios, que peinaba hacia atrás con abundante brillantina, siguiendo la moda de la época. Lucía en la solapa de su impecable traje una dorada insignia de la Falange Española, y una expresión entre altanera y desdeñosa. Luís por su contra era de corta estatura, moreno de piel y con cabellos de un negro más oscuro que el culo de un minero, que a pesar de la también abundante brillantina andaban cada uno por su lado. También el traje le caía de tal forma que no había trozo de tela que no tuviese un pliegue o arruga, pues parecía heredado de su hermano mayor.

– Encantado de conocer a su familia – saludó Alicio con las dos manos haciendo hola con desdén a izquierda y derecha.

– Espere que aún no le he presentado a los demás. Este el don Vicente, empresario de Valencia, su mujer Inés, mi cuñada Agustina, el reverendo Aquiles, y allí en la mesa han quedado el señor don Diego, notario en Madrid y su hijo Alfonso, la familia Corts de Barcelona y mi asistente Romualdo.

– Hola, hola a todos – continuó saludando Alicio con aún mayor desdén y gestos exagerados, y con una sonrisa que se encargó de enarbolar de tal manera que todos supiesen que era totalmente forzada – muy contento de haberles conocido.

–Haga a mis invitados un truco de magia.

–Perdone pero no estoy dispuesto ahora – se excusó Alicio, aunque en realidad lo que quería era librarse de la compañía de toda esa gente y acabar tranquilo de cenar.

–Va venga, si es usted muy bueno, a mí me ha dejado con la boca abierta.

–No insistas mamá – dijo Rodrigo a su suegra, pero mirando de reojo a Alicio– los magos han de prepararse antes los trucos, bueno solo los malos magos. – Concluyó enfatizando la última frase.

Alicio se rascó la barbilla y se levantó metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta que palpó en busca de algo, topándose de lleno con su pistola Astra chapada en oro, pero no era eso lo que buscaba, así que rebuscó en el otro bolsillo hasta encontrar lo que quería. En efecto sacó una gastada baraja española.

–Vamos a ver mozalbate– inquirió a Rodrigo – toma una carta de esta baraja.

–Ese truco ya me lo sé. ¿Puedo mezclar antes la baraja?

–Por supuesto – dijo Alicio acercándole las cartas– mezcla lo que quieras.

El joven tomó las cartas y antes de mezclarlas las escudriñó por las caras y los dorsos, en busca de algunas marcas o de algo que le sonase a raro. Tras el examen procedió a mezclar profusamente los naipes, invirtiendo su sentido varias veces y mirando con maliciosa risa a Alicio. Había oído que existían unas barajas cortadas en bisel, de forma que al tomar una carta e invertir su sentido, solo por el tacto era posible localizarla, pero si al mezclar se iban invirtiendo algunas más el truco sencillamente dejaba de funcionar.

–Aquí tienes artista – dijo Rodrigo lanzando con menosprecio la baraja encima de la mesa, que quedó algo descuadrada – prosigue.

Alicio tomó la baraja y la mezcló y cortó de forma acrobática y florituesa lo que arrancó los primeros aplausos de su audiencia, mientras que Rodrigo permanecía con los brazos cruzados. Luís, el novio de Isabel, que en un primer momento empezó a aplaudir, al apercibirse del gesto de Rodrigo dejó de hacerlo de inmediato para adoptar su misma postura.

– Coge una carta– dijo Alicia, cosa que hizo el joven tapándola subrepticamente con las dos manos para no dejar entrever ningún detalle de la misma.– Ahora enséñasela a todos, menos a mí claro, y ponla de nuevo en la baraja – Rodrigo enseñó la carta elegida, el dos de oros, a todo el grupo de gente, y luego la metió en medio del mazo de cartas, asegurándose de que quedara bien perdida y cuadrada entre las otras. Tras hacerlo Alició lanzó la baraja otra vez sobre la mesa enfrente de Rodrigo con aún más desdén que lo había hecho el joven y dijo– y mézclala ahora también si quieres.

–No quiero mezclar– contestó Rodrigo, pensando quizás que si hacia lo contrario que le pedía podría chafarle el truco.

– Bien, como quieras mozo, ahora requiero que esta bella dama – señaló Alicia a Ana, la novia de Rodrigo – extienda las cartas sobre la mesa y las revuelva sin orden ni concierto cara arriba.

Ana se aprestó a hacerlo, de forma que toda la mesa quedó cubierta de un manto de cartas. Alicio sacó de su bolsillo una moneda de cincuenta pesetas y anunció – Voy a lanzar esta moneda sobre las cartas y debajo de ella se hallará la misma carta que aquí el mozalbete ha elegido – en ese momento ya se había formado un corrillo tan grande que prácticamente casi toda la sala, incluyendo a los camareros estaban pendientes del juego de manos del capitán – si es así como digo recibiré sus aplausos, si no es así y fallo las cincuenta pesetas se las daré al caballero para que vaya a la peluquería y le arreglen un poco el pelo o al menos le quiten el lametón de vaca que tiene en la cabeza – dijo señalando a Rodrigo, que descruzó los brazos y apretó los puños, adoptando una posición desafiante. El dos de oros, la carta que había elegido Rodrigo, se hallaba “casualmente” en un extremo de la mesa, algo separado del resto de naipes, y sobre el cual lógicamente tenían puestos los ojos la mayoría de espectadores. Alicio lanzó la moneda que fue a aterrizar sobre la sota de copas. En ese momento Rodrigo pareció revivir y el resto de la sala desilusionarse. – Ya está, la moneda sobre la misma carta que has elegido. Ahora solo falta que el público corrobore que efectivamente he acertado, pero antes ¿quieres aumentar la apuesta?

–Bueno– dijo Rodrigo poniendo los brazos en jarra – no me parece muy arriesgado jugarlos cincuenta pesetas contra unos cuantos aplausos. Si aciertas te llevas a mi novia esta noche a tu camarote – la frase como es lógico causó gran

perplejidad y malestar a la joven que no daba crédito a lo que había acabado de oír – pero si pierdes me prometes que no vas a molestarnos más durante todo el viaje.

– De acuerdo –dijo Alicia a la par que volteaba la moneda de cincuenta pesetas que llevaba pegada un pequeño dos de oros en su otra cara. La risa y los aplausos del público fueron generales y la cara de cólera de Rodrigo impagable para el capitán.

– Pues ahora me voy con él – dijo Ana mientras le daba un pequeño golpe al brazo de su novio, que en ese momento se marchó refunfuñando ininteligibles frases hacia la contigua sala de música, al cual siguió Luis inmediatamente como su inseparable perro faldero.

Tras el pequeño incidente el público apuró sus copas y se dirigió a la contigua sala de música. En ella una pequeña orquesta amenizaba la velada con los éxitos del momento, que algunos aprovechaban para bailar y otros para seguir tomando copas. En un extremo de la barra Rodrigo y Luís , que habían pedido una botella de güisqui entera permanecían ajenos a todos los demás, incluidas sus prometidas, que no se acercaron en ningún momento, pues sabían del mal genio de Rodrigo cuando le sobrevenían sus repentinos ataques de ira.

Alicio, poco dado a los compromisos sociales, y pese a la invitación de la marquesa prefirió salir a cubierta y apoyado en la barandilla del barco fumar un puro caliqueño mientras escuchaba el arrullo del mar y respiraba junto con el humo del tabaco el aire salitroso que envolvía al navío.

Al cabo de casi una hora ensimismado en sus pensamientos y tras apurar la última calada a su cigarro, decidió irse a dormir. Pero tras caminar tan solo un par de pasos una voz le inquirió desde atrás.

–Contigo quería hablar gilipollas– Alicia se giró y comprobó que quien le había lanzado aquella petición era Rodrigo, por supuesto acompañado unos pasos más atrás por su concuñado Luis. Evidentemente estaba bastante borracho, y sospechaba a lo que venía. – lo he estado pensando y el que has perdido la apuesta eres tú.

–Yo creo que no, pero explícate – dijo Alicia girándose hacia quien le hablaba.

– Tu dijiste que pondrías la moneda sobre la carta que yo cogí, pero en realidad la pusisteis sobre un dos de oros pequeño, no sobre la que cogí, así que el gane fui yo. Como la adivinaste no lo sé, como pusiste una cartita pequeña en la moneda tampoco, pero técnicamente gane yo, gane yo – dijo elevando el tono de voz y golpeándose sonoramente el pecho.

– Si bien recuerdas dije que pondría la moneda sobre *la misma carta* que habías elegido, no *sobre la que habías elegido*. Para que lo entiendas, es lo mismo que se dice que dos llevan el mismo traje, cada cual lleva el suyo, no llevan el mismo, aunque así se dice porque lo verdaderamente significativo es que los trajes son iguales. Además no tiene la cosa mayor importancia, se trató de un simple entretenimiento de salón para divertirnos a todos.

–Me estás liando otra vez imbécil –dijo a la par que se abalanzaba sobre el capitán.

Rodrigo dirigió su puño hacia el mentón de Alicia, que, en un acto reflejo bloqueó el puñetazo agarrando con su mano la muñeca del joven, cuyo puño se detuvo a veinte centímetros de su objetivo. Rápidamente el muchacho dirigió su otro brazo también hacia la cara del capitán, que igualmente detuvo asíéndolo de la misma forma. Rodrigo sacó todas sus fuerzas intentando acercar sus puños hacia la cara del capitán, pero lo único que conseguía era que le temblaran cada vez más los brazos.

–¡Luis, Luis pégame tú!– gritó Rodrigo a su acompañante que lo único que hizo fue aconsejarle que dejase ya la pelea.

Alicio decidió poner fin al asunto y con su pierna derecha a modo de escoba barrió uno de los pies del muchacho que cayó a plomo sobre la cubierta.

–Chico, vete a dormir que vas borracho. –se despidió retomando sus pasos. Pero no se había alejado más de unos dos metros cuando percibió un silbido que instintivamente le hizo girarse. En efecto Rodrigo había tomado una de las hamacas de cubierta y a modo de arma arrojadora gigante la lanzó sobre la cabeza del capitán que se agachó en menos de medio segundo, para incorporarse después de que hubiese pasado la tumbona. La cosa se repitió dos o tres veces más, esquivando con facilidad los torpes ataques del muchacho, hasta que Alicia, queriendo poner fin al juego, lanzó su derecha hacia el hígado del joven que se dobló soltando la hamaca de inmediato, circunstancia que el capitán aprovechó para rematarlo con un gancho de izquierda sobre su nariz que quedó totalmente rota y ensangrentada.

Rodrigo cayó de bruces mientras rompía a llorar henchido de rabia e impotencia. Luis, que en todo momento permaneció alejado corrió a socorrerlo con las manos en alto como indicando al capitán que no quería pelea para nada.

–No temas, no voy a hacerte nada chico – tranquilizó Alicia a Luis, además de ayudarlo a incorporar a Rodrigo al cual, dándole unos pequeños cachetes para despearlo, le propuso un justo trato– Como nadie nos ha visto, – le susurró al

oído– diremos que has resbalado por la cubierta, así tu salvas tu honor y yo no me meto en más líos de los que estoy metido. ¿Entendido?

Rodrigo sin articular palabra asintió con la cabeza y apoyándose en su compañero se alejó probablemente en busca de la enfermería.

Alicio retomó, una vez más, sus pasos hacia su camarote, pero esta vez la interrupción vino en forma de pregunta que provenía de la cubierta superior.

–¿Se ha hecho usted daño?

Alicio elevó su vista para descubrir a la Marquesa que apareció como de repente desde un área en penumbra de la cubierta más alta del navío.

–¿Lo ha visto todo? –preguntó Alicia.

–Sí, y ya era hora que alguien pusiese en su sitio al repelente de mi yerno Rodrigo. Me ha hecho ya feliz dos veces esta noche. Y podría hacerme una tercera

–No hay dos sin tres, dicen, pero lo siento, será otro día, ahora me voy a mi camarote.

–No hay problema, allí me podría hacerme feliz de nuevo.

En efecto la marquesa le pidió guerra a Alicia. Eugenia María Fernanda no era para nada el tipo del capitán, y aunque de gran perspicacia y temperamento su edad le inspiraba más respeto que pasión. Alicia las prefería mucho más jóvenes, no solamente por su indudable belleza y tersura de su piel, sino porque poseían una mente todavía ávida de nuevas experiencias y aventuras, de sueños, de épico romanticismo, que era lo que verdaderamente le atraía de ellas, a la vez que su carismática personalidad que satisfacía dichas ansias y aspiraciones, era lo que encandilaba a estas jóvenes. Amantes no le faltaban, especialmente entre las muchachas que Montse administraba en su casa, eso sí, sus encuentros tenían que ser lo más discretos posibles, pues la *madame* no consentía ningún ayuntamiento carnal sin previo pago en su casa, y menos con otro de sus más valiosos activos.

Pero Alicia sabía que el viaje iba a ser largo y tedioso, y no le vendría mal una compañera de alcoba, aunque solamente fuese para charlar. Y además, que caray, la mujer se merecía unas cuantas alegrías por su deferencia hacia él. Así que cada noche la marquesa abandonaba sus aposentos para yacer junto al capitán, esto fue durante los primeros días, luego ya se trasladó de forma definitiva a la alcoba del capitán. Muchas veces Alicia cuando hacía el amor con la marquesa, pensaba en realidad en sus hijas Ana e Isabel, no en vano imaginaba, que Eugenia era la suma exacta en años y kilos de las dos muchachas, lo que le hacía soltar una

carcajada en plena faena, risotada que desconcertaba a la marquesa, pero que callaba, aferrada a la cintura de Alicia.

© FRANCISCO MORENO CABALLERO del Texto. Todos los derechos reservados.

Si quieres ver como continúa la historia entra en
<http://www.elclubdelafabula.com/copia-de-yearbook-2016-2>